

CANTO DÉCIMO

ARGUMENTO.—Ismeno se aparece á Solimán durante su sueño y le hace entrar secretamente en Jerusalén. La presencia del Soldán reanima el valor del rey de Palestina. Godofredo escucha de los guerreros que siguieron á Armida la confesión de sus faltas, y se hace patente á todos los cristianos que Reinaldo vive todavía. Pedro el ermitaño predice las hazañas de los descendientes de aquel héroe.

I

Hablaba así, cuando á su lado viendo
un corcel que detiene el suelto paso,
la mano al freno rápido tendiendo
salta sobre él, aunque doliente y laso.
¡Cuán otro está! Cayó el dragón horrendo
dejando el noble yelmo humilde y raso;
rota es la veste, y ni conserva exigua
señal del regio honor y pompa antigua.

II

Cual huye á su escondida madriguera
lanzada del redil loba iracunda,
y aunque colmada siente toda entera
del vientre la vorágine profunda,
aun la lengua anhelante saca fuera
lamiendo sangre de la boca inmunda;
así del campo Solimán se aparta,
su avidéz de destrozos no bien harta.

III

Y aquí el vigor de su indomable fibra
de espada y picas á la furia incierta,
de flecha tanta que sonante vibra,
de muertes mil al riesgo le liberta;
y á caminar incógnito se libra,
por la vía más áspera y desierta,
entre sí revolviendo cuál camino
más le convenga en su fatal destino.

IV

Ir dispone por fin á donde aduna
el rey del Nilo ejército infinito,
y á él uniendo sus armas y fortuna
llevar al franco singular conflicto.
Esto resuelto ya, sin tregua alguna
el rumbo toma que le lleva á Egipto;
que no por vez primera el paso ensaya
que á Gaza guía y su arenisca playa.

V

Ni porque el cuerpo enfermo le acongoja
de tanto golpe y tanto la avería,
para un punto ó las armas se despoja;
antes anda y camina entero el día.
Después, cuando su fosco velo arroja
por la azul extensión la noche umbría,
para y sus llagas á vendar se apea,
y palmera después alta cimbreá.

VI

Aplaca el hambre, y en el val desnudo
con pena el cuerpo lánguido acomoda;
de la frente que afirma en el escudo
la agitación calmar pretende toda;
pero el daño que crece, acerbo y crudo
más cada vez, al mísero incomoda,
y cual buitres se juntan roedores
el desdén y la rabia á sus dolores.

VII

Cuando al fin ya dormía el orbe canso
y en la más alta noche eran las cosas,
de caminar rendido, el sueño manso
le envolvió con sus alas vagarosas,
y dióle en suave y lánguido descanso
alivio á sus fatigas enojosas.
Mientras así reposaba, oyó severa
increparle una voz de esta manera:

VIII

«Del ocio, Solimán, los torpes cultos
para tiempo mejor guarda y reserva;
que del vil extranjero los insultos
la patria en que reinaste aguanta sierva.
¿Y en este suelo duermes que insepultos
los huesos de los tuyos aun conserva?
Do tan grande tu oprobio se atesora,
¿muelle aguardas así la nueva aurora?»

IX

Despierta Solimán; mira, y barrunta
viejo de edad gravísima y semblante,
que apoyado en bastón de corva punta
trabajoso encamina el paso errante.
«¿Quién eres tú, soberbio le pregunta,
que fantasma importuno al viandante
su breve sueño turbas? Larga ó corta,
de la vergüenza mía ¿qué te importa?»

X

«Soy amigo, respóndele el anciano,
que ya noticias de tus miras tengo,
y porque precio tu vigor lozano
en más que te imaginas, á ti vengo.
Mordaz mi boca ha sido, más no en vano;
que si el sonrojo á tu virtud prevengo,
con el rudo sermón mi pecho anhela
dar á tu saña generosa espuela.

XI

»No ignoro yo, señor, que tu camino
hacia el Nilo y el Éufrates diriges;
mas si adelante sigues, adivino
que inútil rumbo y trabajoso eliges.
Ya sin tu ayuda el campo sarracino
mueve hacia aquí, por rápido que aguijes
ni asunto en él tampoco encontraría
en que airosa lucir tu bazaría.

XII

»Mas si me sigues, en el alto muro
que el franco pone en belicioso aprieto,
en medio al claro día entrar seguro
sin desnudar la espada te prometo.
De la lid y el trabajo al trance duro
allí gozoso vivirás sujeto,
y hasta que llegue guardarás la tierra
la egipcia hueste á renovar la guerra.»

XIII

Los ojos y la voz mientras razona
el fiero turco del anciano admira,
y del rostro y del ánimo abandona
la sólita soberbia con el ira.
«Padre, le dice, presta mi persona
para seguirte adonde intentes mira:
siempre el consejo que veloz me atrajo
fué el de riesgo más grande y más trabajo.»

XIV

Le alaba el viejo, y viendo de la noche
con el frío sus llagas arrecidas,
vierte en ellas licor que las abroche
restañando la sangre en las heridas.
Luego, al mirar que dora el rubio coche
las rosas por el alba coloridas,
«Ya es tiempo, dice, de partir: columbra
que el sol los campos de tu gloria alumbra.»

XV

Y sobre leve carro allí cercano
con el Niceo indómito se sienta;
las bridas rige y con maestra mano
la cuadriga veloz al curso alienta.
Ella tal va, que en el polvoso llano
horma de rueda ó callo ni aun asienta.
¡Vierasla humear, y palparle el seno,
y todo de alta espuma blanco el freno!

XVI

Y (¡oh singular prodigio!) el aire en torno
en neblina apretada se condensa,
y del gran carro el exterior contorno
ciñe la nube, aunque invisible, densa,
tal, que piedra lanzada de ancho torno
no traspasara la muralla intensa.
Ven en tanto los dos del hondo seno
la niebla allí; detrás el sol sereno.

XVII

Atónito el Soldán la ceja encorva,
riza la frente, y deslumbrado mira
del carro ir tan veloz la rueda corva,
que le parece que volando gira.
El otro, que en la faz suspensa y torva
el estupor conoce que le inspira,
provoca su atención, y ya en sí vuelto,
le dice el turco intrépido y resuelto:

XVIII

«Quien quier que seas, que rompiendo el
de natura las leyes no respetas; [uso,
que espías en su seno hondo y confuso
y que á tan raras obras la sujetas;
si llega tu saber, de lo alto infuso,
cosas á ver del porvenir secretas,
¡ah! dime qué ventura, ó cuánta ruina
al Asia que combate Alá destina.

XIX

»Mas tu nombre primero, y con cuál arte
creas prodigios tan extraños, dime;
pues ¿qué palabras ya podré escucharte,
si el pavor no disipas que me oprime?»
Sonríe el viejo y dice: «Sabré en parte
descorrerte misterio que te anime.
Llámanme Ismeno, y en la Siria el mago,
porque de artes incógnitas me pago.

XX

»Mas que rompa el futuro, que desplegue
del eterno destino los anales,
que á penetrar en sus decretos llegue;
¡tanto no es permitido á nos mortales!
Cada cual á la ciencia acá se entregue
por salir vencedor de entre los males.
¡Cuántas veces el sabio, el justo, el fuerte
labra su propia venturosa suerte!

XXI

»Tú la diestra inmortal, para quien nada
es conmover al Occidente entero,
á más prevén que á defender la entrada
de la ciudad que estrecha el pueblo fiero.
Sufre, confía; de tu invicta espada,
entre el fuego y terror, todo lo espero.
Mas te diré, porque placer te sea,
lo que entre nieblas hoy mi vista otea.

XXII

»Miro, ó ver me parece, antes que mande
edades muchas el planeta eterno,
varón que en gloria y en hazañas grande
de Egipto y Siria regirá el gobierno.
No de las ciencias con que el Asia ablande,
ni su virtud diré, que mal discerno:
saber te baste que su regia mano
no en lides sólo vencerá al cristiano.

XXIII

»Mas sabrá derrocar su reino injusto
en la prostrera lid larga y funesta,
y en breve espacio y contra el golfo adusto
pondrá espirante la reliquia infesta.
Ese será tu sangre.» Y el vetusto
calló, y exclamó el héroe por respuesta:
«¡Feliz quien á tal gloria fué elegido!»
Y entre envidia y placer se halló movido;

XXIV

Y añadió: «Leda ó triste mi fortuna,
 ande el curso que arriba está ya escrito;
 pues no tiene su imperio fuerza alguna
 sobre el que siempre halló de ánimo invito;
 y antes salir de su órbita á la luna
 ó á los astros verán, que de lo estrito
 un paso tuerza yo.» Y esto diciendo,
 llama está de sus ojos despidiendo.

XXV

Así en plática van hasta que al suelo
 llegan do el campamento se dilata.
 ¡Qué escena, oh Dios, de luto y desconsuelo!
 ¡Qué de horrores la muerte allí desata!
 Sombrio entonces tórnase, y el duelo
 del Soldán en su frente se retrata.
 ¡Ay, con cuánto desprecio allí esparcidas
 ve en el polvo sus grimpolas temidas!

XXVI

Ve á los francos que corren y los bultos
 pisan de los amigos más queridos,
 y despojan los cuerpos insepultos
 de sus armas y trajes bien sabidos;
 ve á muchos ofrecer mortuorios cultos
 á sus gentes, en coros doloridos,
 y á otros del turco y árabe á montones
 dar al fuego revueltos los varones.

XXVII

Aquí gime el Soldán y el fierro saca,
 del carro brinca y á correr se arroja.
 Gritale el mago, y ásele, y aplaca
 aquel ciego dolor que le acongoja.
 Le hace subir, y de montaña opaca
 remontando á la cima, el curso afloja.
 Así por breve tiempo caminaron
 hasta que el campo odioso atrás dejaron.

XXVIII

Descendieron entonce, y de repente
 perdióse el carro, y la siniestra falda
 recorrieron á pie y ocultamente
 en la sólita nube de oro y gualda,
 y llegados por fin donde á poniente
 el gran monte Sión torna la espalda,
 párase Ismeno, y reflexivo observa
 el agrio suelo de la costa acerba.

XXIX

Honda mina cavada en piedra dura
 allí de remotísimo yacia;
 mas hoy, sin uso ya la boca obscura,
 entre espino y maleza se escondía.
 Limpia el mago la entrada, y la estatura
 bajando en arco, al fonde se confía.
 Luego con una mano el paso tienta,
 y otra por guía al turco le presenta.

XXX

Mas éste le gritó: «¿Por cuál furtiva senda llevar á Solimán te agrada? Otra, si quieres tú, menos esquiva yo me abriré con mi tajante espada.»— «No desdeñe de hollar tu planta altiva, le responde, la cóncava morada; que hollóla un día Herodes, el potente domador de los reinos del Oriente.

XXXI

»La cueva labra cuando armado acorre sus pueblos á enfrenar el rey que digo, logrando así desde la excelsa torre (que Antonia apellidó de el caro amigo) por la caverna que invisible corre entrar del templo en el agosto abrigo, y hora salir de la ciudad callado, hora apresto marcial tener celado.

XXXII

»Hoy esta vía solitaria y bruna la sé yo solo de la edad que alienta: por ella hemos de entrar adonde aduna los más sabios, los fuertes de más cuenta el Rey, que al amagar de la fortuna más acaso que debe se amedrenta. Á tiempo llegas; mas callar primero debes, y hablar después ardiente y fiero.»

XXXIII

Dijo, y el cuerpo del Soldán membrudo llenó lo estrecho de la estancia interna, y entró encorvado por su centro mudo, noto y sencillo al que su andar gobierna; mas luego desplegar el dorso pudo, pues se eleva en entrando la caverna; con lo que al fin más sueltos caminaron y ya del antro en la mitad se hallaron.

XXXIV

Abre una puerta breve entonces Ismeno, y á tientas suben desusada escala, alumbrada por día mal sereno que desde alto lucero al fondo cala. En un claustro después entran ameno y en regia desde allí brillante sala, do mustio entre su corte macilenta con cetro y coronado el Rey se asienta.

XXXV

Observa sin ser visto el caballero, todo en la nube cóncava escondido, y hablar al Rey escucha, que el primero así desde su trono ha prorumpido: «¡Oh mis fieles!, por cierto al trace fiero esa pasada luz terrible ha sido, y caídos de altísima esperanza, sólo el favor de Egipto nos alcanza.

XXXVI

»Mas bien veis que inminente el riesgo clama
y aun es remota la asistencia ajena;
por eso aquí mi voluntad os llama
y dar vuestro dictamen os ordena.»
Calla, y cual viento que en el bosque brama,
bajo y sordo murmullo en torno suena;
mas avanzando alegre y arrogante,
el movido rumor domina Argante.

XXXVII

«¡Oh magnánimo Rey!, fué la respuesta
del caudillo colérico y violento,
¿á qué cosa de todos manifiesta
pedir? ¿Quién hay de tu mandato exento?
Tener sepamos la esperanza puesta
en el valor, que es rey de todo evento.
Vil es temer desgracia no sabida
y en más de lo que vale amar la vida.

XXXVIII

»No es el decir así, que desespere
del socorro certísimo de Egitto.
¿Do está el osado que dudar pudiere
de las promesas de mi Rey invito?
Hablo, señor, porque mi celo hoy quiere
esfuerzo propio del mortal conflicto,
y que sepa, dispuesto á toda suerte,
buscar el triunfo y despreciar la muerte.»

XXXIX

Esto expuso no más el bravo Argante
como el que afirma indisputable cosa,
y habló tras él con plácido talante
Orcano, de nobleza alta y famosa;
el que un día en la guerra fué pujante;
mas hoy ligado á jovencilla esposa,
vano de prole bella, está abatido
con los ocios de padre y de marido.

XL

Y dijo así: «Monarca, yo no acuso
que celoso fervor tan alto vuela,
cuando nace de brío á quien recluso
en el fondo del alma estar le duele;
pero si el buen circaso á ti por uso
tal vez con harto aliento decir suele;
al que iguala después en la pelea
con su decir su obrar, dado le sea.

XLI

»Mas tú debes, ¡oh Rey!, tú á quien prudente
los tiempos y las cosas tanto han hecho,
con tu cetro enfrenar justo y potente
el ciego arrojado de irascible pecho;
tú el lejano socorro y el presente
peligro comparar que apura estrecho;
tú medir con las fuerzas del contrario
del muro y torres el apresto vario.

XLII

»Verdad es que lugar fuerte y supremo
nos ofrece Salem por sitio y arte;
mas también juntan en acopio extremo
máquinas fieras de la opuesta parte.
Lo que será no sé: yo aguardo y temo
los fallos incertísimos de Marte,
y recelo que al fin horrible dieta
afligirános, si el asedio aprieta.

XLIII

»Que la copia de trigos y rebaños
que ayer en la ciudad entró segura,
y que ganar fugaces y entre daños
de muertes y de sangre fué ventura,
mal á ciudad de límites tamaños
nutrir podrá mientras el cerco dura;
y es fuerza dure, al menos, hasta el día
que llegue el campo que el Egipto envía.

XLIV

»¿Y si el plazo retarda? Mas concedo
que aun su llegada misma se atropella:
¿libre el muro es acaso? Tu denuedo
¿venció por eso la fatal querella?
¿No habremos de lidiar con el Gofredo,
con los magnates, con la gente aquella
que tantas veces en sangrientos surcos
á sirios sepultó, persas y turcos?»

XLV

»Tú los conoces bien, que les cediste
¡oh Argante valeroso! en lucha tanta,
y á tu pesar la espalda les volviste,
de sobra dando á la ligera planta:
y Clorinda también: también yo, triste;
que nadie en esto al otro se adelanta;
ni á nadie culpa sea; que supimos
allí mostrar cuanta pujanza hubimos.

XLVI

»Y diré (aunque amenace aquél de muerte
y la verdad en menosprecio tenga)
que conocer paréceme la suerte
que ya el destino al sitiador prevenga;
y es que grey no podrá ni muro fuerte
impedir que á reinar al fin no venga.
Esto me hace decir (¡testigo el cielo!)
mi amor de patria y Rey, mi ardiente celo.

XLVII

»¡Oh cuán sabio el de Trípoli, que paces
pidió al francés, salvando su diadema,
mientras tú, Solimán, ó esclavo yaces,
(si no ascendiste á la mansión suprema)
ó llevas al destierro las fugaces
plantas y apuras la miseria extrema!
Parte con todo de tu imperio triste
salvar con ruego y dádivas pudiste.»

XLVIII

Sus ideas Orcano así envolvía
 en obscuro decir con giro incierto;
 que blando á parecer no se atrevía,
 ni campeón de las paces tan abierto.
 Entre tanto al Soldán, que no podía
 soportar sus palabras ya encubierto,
 demanda Ismeno: «¿Callarás ahora,
 cuando así tu alto nombre se desdora?»

XLIX

«Yo por fuerza, responde, aquí me celo,
 y ardido estoy de rabia y de bochorno.»
 Y apenas acabó, rápido el velo
 nebuloso rompiendo su contorno
 se desvanece en el abierto cielo,
 y él se muestra de luz vestido en torno,
 y magnánimo y fiero en medio brilla
 de improviso, y á Orcano así mancilla:

L

«Yo, de quien se habla aquí, ya estoy presente
 no guerrero fugaz, no rey liviano,
 y al que habló, que es un tímido y que miente
 á probarle se ofrece esta mi mano.
 Yo, que de sangre derramé un torrente
 y de muertos un monte alcé en el llano,
 cercado de contrarios, y ni un vivo
 siquiera junto á mí; ¿yo fugitivo!

LI

»¡Ah! si aquel, ú otro alguno fementido,
 á Alá traidor y á su país ingrato,
 de un acuerdo propone el vil partido,
 con tu venia, buen Rey, aquí le mato;
 que antes paloma y sierpe en dulce nido
 y los lobos y ovejas en un hato
 acordés vivirán, que la Judea
 con el franco jamás en paz nos vea.»

LII

Mientras exclama así, sobre la espada
 la mano tiene en trémulo contacto.
 Á su hablar, á su frente, á su mirada,
 queda el mudo concurso estupefacto;
 mas con la faz después menos turbada
 y yendo al Rey de cortesía en acto,
 le dice: «Alienta al fin. Refuerzo amigo
 te traigo: Solimán es ya contigo.»

LIII

Aladín, que á su encuentro aquí salía,
 «¡Qué gozo, le responde, al verte sientol
 ¡Oh caro amigo! De la hueste mía
 por nada el daño y los destrozos cuento.
 Tú mi trono afianzar en sólo un día
 puedes, y alzar tu derrocado asiento
 de Alá con el favor.» Dice, y los brazos
 le ciñe al cuello con estrechos lazos.

LIV

Terminado el saludo, el Rey concede sitio en su mismo solio al Sarraceno, que á colocarse en rica y noble sede va á su siniestra, y á su lado Ismeno; y mientras aquél las aventuras puede demandar, y narrarlas el Niceno, á honrar á Solimán la alta doncella va la primera, y los demás tras ella.

LV

Entre esos iba Ormús, que en la apretura á su mando á los árabes redujo, y en tanto que la lid era más dura, tal por sendas ignotas se introdujo, que á favor del silencio y sombra obscura salvos al fin á la ciudad los trujo, llevando á un tiempo al pueblo enhambrecido granos y reses en montón crecido.

LVI

Solo, torva la faz y desdeñosa, permaneciò callando el gran Circaso, á guisa de león cuando se posa mirando en torno sin mover el paso. Alzar la vista á Solimán no osa tampoco Orcano pensativo y laso. Así están de Solima el mustio viejo, y el rey turco y los grandes en consejo.

LVII

La victoria Bullón y á los vencidos sigue, limpios dejando campo y vía. Él hace á sus guerreros fenecidos la postrera merced devota y pía; encontrarse á los otros prevenidos manda para la luz del tercio día, y á los que encierra la embestida plaza, con actitud más bélica amenaza.

LVIII

Y como el blanco viera escuadroncillo que en la lid le ayudó ser su querida gente, la de más nombre y de más brillo, séquito de la maga fementida, y que es Tancredo allí, que en el castillo preso quedó de la engañosa Armida, con el ermita y gente sabia y poca á la presencia suya los convoca.

LIX

Y les ruega que alguno explique y cuente la historia de sus yerros y quebranto, y cómo su escuadrón se halló presente luego á darle en la lid auxilio tanto. Ellos bajaban con rubor la frente; que su vergüenza les arranca llanto. Al fin del rey britano triste el hijo alzò los ojos suspirando, y dijo:

LX

«Los que no entramos en la suerte, huimos
uno á uno con arte cauteloso,
y de amor, no lo niego, esclavos fuimos
y de un sér tan maligno cuanto hermoso.
Por desusadas sendas la seguimos,
todos discordes, cada cual celoso;
que ella (tarde lo advierto) en nos ardía
rabia y amor con su dulzura impía.

LXI

»Al fin llegamos al lugar do el cielo
lanzó lluvia de fuego en la llanura
sobre la raza de impiedad modelo,
los ultrajes vengando de natura.
Fecunda tierra fué, benigno suelo,
y hoy, convertido en lago de onda impura,
betuminoso impregna en sus hedores
aire que abrasan húmedos vapores.

LXII

»Tal es el agua que el estanque mueve,
que á su fondo á calar no llega nada;
mas, cual grano ligero ó junco leve,
la piedra, el hombre, el plomo sobrenada.
Sobre él es un castillo, y puente breve
estrecha ofrece al peregrino entrada.
Ya dentro, vimos (ignorando el modo)
reír brillante de placeres todo.

LXIII

»Limpio el cielo es allí, dulce y sereno;
corre el aire las plantas fecundando:
entre mirto y jazmín el fresco seno
va el arroyo á las flores salpicando,
y á la hierba convida y sueño ameno,
ya el murmurio de las hojas blando,
ya el cantar de las aves. Nada digo
del mármol y oro del agosto abrigó.

LXIV

»Do retoza la linfa más traviesa
prepárase, entre plantas seculares,
con esculpidos vasos noble mesa
rica de extraños frutos y manjares.
Era allí cuanto halaga y embelesa,
cuanto cría la tierra y dan los mares,
cuanto el aire apuró, y allí presentes
cien doncellas nos sirven diligentes.

LXV

»Ella con dulce hablar, con blanda risa
su convite sazona maldecido,
y mientras cada triste bebe aprisa
entre incendio amoroso largo olvido,
se alza y dice, ya torno; y torna en guisa,
no de alegre favor como ha partido:
vara leve una mano agita y prueba
y un libro do murmura en la otra lleva.

LXVI

»Lee la maga; y de vida y de elemento
y sér mudando á su leer respondo
(¡rara virtud!); y ansío otro contento;
salto al agua, y suméjome á su fondo.
No sé cómo, los pies plegarse siento,
y que los brazos en la espalda escondo;
yo me estrecho, me acorto, me entorpece
piel escamosa, y me convierto en pece.

LXVII

»Así la escuadra toda se transforma,
y cual yo surca el cristalino argento.
De lo que entonces fui, vago me informa
hoy cual de sueño obscuro el pensamiento.
Plúgola al fin tornarnos nuestra forma;
mas de horror nos tenía el gran portento
mudos aun, cuando con fiera vista
de este modo nos habla y nos contrista:

LXVIII

»Ya habéis probado mi poder, nos dice,
y que en vosotros mi dominio es pleno.
Pende de mí querer que uno infelice
pierda en cárcel perpetua el sol sereno;
que ave se torne aquél; que éste enraíce,
planta leñosa, en el terrestre seno;
que mármol sea, ó se liquide en fuente,
ó revista de crín la armada frente.

LXIX

»Sólo si me rendís todo albedrío
os libraréis de mi furor sañudo;
si sois paganos, y si al reino mío
contra el fiero Bullón servís de escudo. —
Todos dimos repulsa al pacto impío:
sólo á Rambaldo persuadirle pudo,
y en honda cárcel en la tierra oculta
á los demás la inicua nos sepulta.

LXX

»Por acaso después Tancredo viene
al castillo, y en él es prisionero.
Mas breve tiempo allí la infiel nos tiene;
que si entendí relato verdadero,
sacarnos del encierro al cabo obtiene
del señor de Damasco un mensajero,
que al rey de Egipto en dón, con cien arma-
inermes nos conduce y maniatados. [dos,

LXXI

»Marchábamos así, cuando la alta
providencia de Dios depara y lleva
al buen Reinaldo, cuyo nombre exalta
siempre nuevo laurel con gloria nueva.
Nos ve, y á los guerreros breve asalta,
dando de su poder insigne prueba.
Los vence y mata, y vuelve á nuestras manos
nuestras armas que usaban los paganos.

LXXII

»Le vi, y estos le vieron, y pudimos todos oírle y apretar su diestra. Incierto es el rumor que aquí sentimos: vive el jamás vencido en la palestra, y hoy son tres luces que dejar le vimos con sólo un guía la compañía nuestra, camino de Antioquía; mas depuso antes el roto arnés tinto y percuso.»

LXXIII

Así Guillelmo hablaba, y Pedro en tanto alterado el color, la faz absorta, alza sus ojos fulgidos. ¡Oh cuánto pio fervor su espíritu confortal! Le inspira Dios, le abrasa un fuego santo, y al medio de los cielos se transporta. Allí en el hondo porvenir se interna y de los siglos ve la marcha eterna.

LXXIV

Y soltando la voz en són más fuerte, profetiza fatídico su acento. Está el mudo concurso helado, inerte, al semblante, á la faz, al labio atento. «Vive Reinaldo, exclama; fué su muerte de mujeril astucia fingimiento: vive, y su verde juventud gallarda á empresas de más cuenta el cielo guarda.

LXXV

»Que es de tantas hazañas hoy la suma juego no más con que su infancia asoma. ¡Ah! viendo estoy cómo su espada abruma á un impio augusto y su soberbia doma; y cuál cobija la argentada pluma de su pájaro real la Iglesia y Roma; y del dragón los guarda años prolijos, dando prole inmortal de ilustres hijos.

LXXVI

»Y de éstos á los hijos y á los nietos serán ejemplo sus acciones claras; y de tiranos césares inquietos defenderán los templos y tiaras. Al humilde ensalzar y haber sujetos los ímpios y soberbios, artes raras siempre serán con que á volar se apreste por encima del sol la águila de Este.

LXXVII

»Y pues su vista en la virtud es fija, lleve á Pedro los rayos terrenales, y á do se pugne por Jesús dirija el batir de sus plumas inmortales. Esto el cielo á sus méritos prefija y á su cuna con leyes eternas. Que llames quiere en fin, Bullón prudente, á la alta empresa el caballero ausente.»

LXXVIII

Con voces tales el temor destierra
el sabio Pedro por Reinaldo habido,
y entre el común aplauso el labio cierra
sólo el Jefe, en sus planes embebido.
La obscura noche en tanto por la tierra
ya su manto de nieblas ha esparcido.
Duermen aquéllos de su afán cansados:
á éste el sueño le roban sus cuidados.

FIN DEL TOMO PRIMERO

